

dizo secreto, de cuyo tenebroso fondo saliese *alguien*, hombre ó fantasma. Quizás aun el espectro la hubiera asustado ménos. Como á medida que las sombras invadían la tierra aumentaban sus terrores, estuvo á pique de desmayarse cuando un corpulento lacayo entró llevando un candelabro cargado de bujías.

Mientras Isabel temblaba de espanto en su solitario aposento, sus raptos, reunidos en la sala baja, bebían y se regalaban, pues debían permanecer en el castillo como una especie de guarnición, para defenderlo en caso de ataque por parte de Sigognac.

Aquellos truhanes bebían como esponjas, pero uno de ellos sobre todo desplegaba un notable poder de ingurgitación. Era el hombre que había llevado á Isabel atravesada sobre su caballo, y como se había quitado la máscara, era fácil contemplar su rostro descolorido como el queso en el que brillaba una nariz caldeada al rojo, en cuya nariz color de guinda habrá el lector reconocido sin duda á Malartic, el amigo de Lampourde.

VALLOMBREUSE.

seguros, tan espantosa en ciertos momentos. Antes bien pare-
cia somer con bandada de aves y protector, como una ma-
gen de santa que puede uno invocar en la hora del peligro.
Este Adán, conjunto de cosas sencillas, transparentes, por-
patadas, no era parte de calma, los nervios de Isabel, que se
extremaban como las cuerdas de una guitarra de las que se
acaba de pintar, giraba en torno de los ojos, empújolos
y tintos, queriendo y temiendo ver, y sus salientes
sentidos distinguían con terror, en medio del profundo repo-
so de la noche, esos imperceptibles ruidos que son la voz
del silencio.

CAPÍTULO XVI.

VALLOMBREUSE.

Sola en aquel desconocido aposento donde el peligro podía
surgir de un momento á otro bajo una forma misteriosa,
Isabel sentía oprimido el corazón por indecible angustia, aun
cuando su vida errante la hubiese vuelto más animosa que no
lo son ordinariamente las mujeres.

Sin embargo aquel lugar adornado con muebles antiguos,
pero bien conservados, nada tenía de siniestro.

Las llamas danzaban alegremente encima de los enormes
zoquetes del hogar, y las bujías despedían una claridad vi-
vísima que penetrando hasta los más pequeños rincones, ar-
rojaba con las sombras las quimeras del miedo.

Suave temperatura reinaba en la estancia y todo en ella
convidaba á las indolencias del bienestar.

Las pinturas de los cuarterones recibían demasiada luz pa-
ra tomar fantásticos aspectos, y, en su esculpido marco, el
retrato de hombre colocado encima de la chimenea y notado
por Isabel no tenía esa mirada fija y que sin embargo parece

seguiros, tan espantosa en ciertos retratos. Antes bien parecía sonreír con bondad tranquila y protectora, como una imagen de santo que puede uno invocar en la hora del peligro.

Aquel conjunto de cosas sosegadas, tranquilizadoras, hospitalarias, no era parte á calmar los nervios de Isabel, que se estremecían como las cuerdas de una guitarra á las que se acaba de puntear; giraba en torno de sí los ojos, inquietos y furtivos, queriendo y temiendo ver, y sus sobreexcitados sentidos distinguían con terror, en medio del profundo reposo de la noche, esos imperceptibles rumores que son la voz del silencio.

¡Dios sabe los horrorosos significados que á ellos atribuía la jóven!

Pronto su malestar se hizo tan insoportable, que se resolvió á abandonar aquella sala tan iluminada, tan templada y tan cómoda, para aventurarse por los pasadizos del castillo, á riesgo de algún encuentro fantasmagórico, en busca de alguna salida olvidada ó de algún refugio.

Después de asegurarse de que las puertas de su aposento no estaban cerradas con llave, Isabel tomó de encima de una mesa de noche la lámpara que había colocado en ella el lacayo y resguardando la llama con la mano, se puso en marcha.

Primero encontró la escalera con baranda de cerrajería complicada por la que había subido bajo la escolta del criado; la descendió, pensando fundadamente que en el primer piso no podía haber ninguna salida favorable á su evasión. Al llegar al pié de la escalera, debajo del vestíbulo, vió una gran puerta de dos hojas, de la que levantó el pestillo, la cual se abrió con crujido de madera y chirrido de goznes, cuyo ruido, á pesar de que era imposible que se oyese á tres pasos de distancia, parecióle á Isabel igual al del trueno.

La débil llama de la lámpara, oscilando en la húmeda atmósfera de un aposento cerrado de desde largo tiempo, descubrió ó más bien hizo entrever á la jóven actriz una espacio-

sa sala, no arruinada, pero que llevaba impreso ese sello de muerte de los sitios que no se habitan; grandes bancos de roble corrían á lo largo de las paredes cubiertas de tapices representando personajes, y encima de estos veíanse trofeos de armas, guanteletes, espadas y rodela, delatados por bruscas chispas.

Una pesada mesa de macizos piés, contra la cual poco faltó como no chocó Isabel, ocupaba el centro de la estancia; rodeóla la jóven, pero cuál no fué su terror cuando, al acercarse á la puerta que se abría frente á la de entrada y daba paso á la próxima sala, percibió dos figuras armadas de punta en blanco, que estaban inmóviles de centinela á cada lado de las jambas, con los guanteletes sobre la guarda de descomunales espadas apoyadas de punta contra el suelo: las cribas de sus cascos representaban cabezas de pájaros asquerosos, cuyos agujeros simulaban las pupilas, y el nasal el pico; sobre las cimbras se erizaban como alas irritadas y batientes, láminas de hierro ciselado en forma de cuchillos; el vientre de la coraza, herido por un punto luminoso se combaba de un modo extraño, como levantado por profunda respiración; de las rodilleras y de los cúbitos salía una punta de acero encorvado á modo de garra de águila, y los piés remataban en forma de zarpa. A la claridad vacilante de la lámpara que temblaba en la mano de Isabel, aquellos dos fantasmas de hierro tomaban una apariencia verdaderamente espantosa y á propósito para alarmar el corazón más templado. Así es que el de la pobre jóven latía con tal violencia que esta oía las palpitations y sentía la trepidación hasta en su garganta. Esté seguro el lector que en aquel momento Isabel se arrepentía de haber abandonado su aposento para arriesgarse en aquella correría nocturna. Sin embargo, como los guerreros, aunque hubiesen debido notar su presencia, no se moviesen ni hiciesen ademán de blandir sus espadas para cerrarle el paso, la jóven se acercó á uno de ellos y le puso la luz debajo de las narices. El hombre de armas no se conmovió lo más

mínimo y conservó su actitud con una insensibilidad perfecta. Isabel, envalentonada y sospechando la verdad, le levantó la visera que, abierta, no dejó ver más que una concavidad llena de sombra como los cascos que se ponen sobre los escudos de armas. Los dos centinelas no eran otra cosa que panoplias, armaduras alemanas curiosas, colocadas allí sobre el esqueleto de un maniquí. Mas la ilusión era permitida á una pobre cautiva errante, de noche, en un castillo solitario; de tal modo esas conchas metálicas, amoldadas sobre el cuerpo humano como estatuas de la guerra, recuerdan la forma aun estando vacías, y la hacen más formidable por la dureza de sus ángulos y las nudosidades de sus articulaciones. Isabel, á pesar de su tristeza, no pudo ménos de sonreír al reconocer su error, y semejante á los héroes de los libros de caballerías, cuando por medio de un talismán han roto el encanto que defendía un palacio encantado, entró valerosamente en la segunda sala sin cuidarse más de los dos guardianes reducidos á la impotencia.

La pieza en que penetró Isabel era un vasto comedor, según daban de ello testimonio altos aparadores de roble esculpido, donde brillaban vagamente montones de objetos de plata, tales como jarros, saleros, tarros de especias, cacharros, vasos de hinchada barriga, grandes platos parecidos á rodela ó á ruedas de carro, y cristalería de Bohemia y de Venecia, de formas las más raras y caprichosas, que despedían, sorprendidas por la luz, chispas verdes, rojas y azules. Al rededor de la mesa y como si aguardasen convidados que no debían venir, y que de noche podían servir para un festín de espectros, veíanse sillas de respaldo cuadrado. Un viejo cuero de Córdoba gofrado de oro y con ramages de flores colocado encima, de un revestimiento de roble de la altura de un hombre, se iluminaba débilmente á trozos al paso de la lámpara y tomaba un tinte melancólico.

Isabel, que de una ojeada entrevió aquellas antiguas magnificencias, se apresuró á franquear la tercera puerta, y



DOMINANDO SU MIEDO, ISABEL PROSIGUIÓ SU CAMINO.